

Doscientos profesionales (3.000 pesetas mensuales), en paro

Guadalajara: La resina ya no es negocio

Juan Altable

MADRID, 5 (D16).—Más de doscientas familias de la zona resinera de Guadalajara se encuentran sin medios para subsistir desde el pasado mes de marzo, etapa en que debía haber comenzado la campaña de recogida de resinas.

Según los datos recogidos, las compañías resineras que acuden todos los años a la subasta de pinares, propiedad de los municipios, se han negado a pujar en la reciente campaña, al decidir que la resina ha dejado de ser rentable para ellas.

“Los contratistas dijeron que estaban dispuestos a darnos trabajo si nosotros pagábamos el total de la Seguridad Social. Pero nosotros no aceptamos, porque para doce mil pesetas al mes, que es lo que se gana, no es cosa de dejar nueve mil en los impuestos”, comentó Mariano Escalero, trabajador de la resina desde hace veintiocho años.

En paro

La falta de trabajo en la recogida ha dejado desocupados a cientos de hombres, cuya única ocupación desde niños fue el laboreo de los pinos. “La mayoría tenemos más de cuarenta años, y ningún tipo de formación profesional que nos capacite para hacer otro tipo de trabajo.”

Algunos parados buscaron trabajo en una fábrica de madera de Molina de Aragón, pero no les quisieron aceptar a causa de su edad.

“De momento —continúa Mariano— vamos tirando a base de chapuzas y trabajos eventuales. Unas veces vamos con el guarda forestal a desbrozar el monte, otras a trabajar de albañiles, y algunos hemos encontrado trabajo en la construcción de una carretera por aquí cerca. Todo depende de lo que salga cada día.”

Los resineros son pesimistas con respecto al futuro. La situación económica no hace más que empeorar, y algunos empiezan a pensar ya en la emigración como único remedio. “Pero emigrar



La resina ya no es rentable.

para trabajar, ¿en qué?”, se preguntan.

Trabajo duro

El oficio de resinero es duro y mal pagado. Todo depende de la habilidad de la experiencia y las fuerzas físicas de cada uno, comentaron.

La jornada laboral dura normalmente entre doce y dieciséis horas diarias. “En el verano se trabaja sin parar durante dieciséis horas —aclaró Antonio Herranz, treinta y ocho años en la resina—, excepto las dos que nos dan para comer, descansar y afilar las herramientas. A lo largo del día remasamos, sangramos y recorreremos cientos de metros con la lata de doce kilos en las manos.”

Los resineros se quejan de que tradicionalmente las empresas les han robado en los pesos y en la cantidad de agua y broza que se permite en cada lata de resina. “Hace veinticinco años —continúa Antonio Herranz— nos quitaron 20 kilos en la primera remesa, a mediados de verano. No tuvimos más remedio que ponernos en huelga durante unos días, y, al poco tiempo, los contratistas dieron el peso justo.”

Según los trabajadores, las

El trabajo resinero ha ido de mal en peor. “Hace veinte años —cuenta Antonio— los empresarios se pegaban por ganar en la subasta, y las familias teníamos que salir de los pueblos para recoger resina en otras provincias limítrofes, porque aquí todo el mundo trabajaba en lo mismo. Así, mientras duraba la campaña, los hombres, las mujeres y los crios vivíamos en barracas

Tarea de varones

El trabajo, no obstante, sólo lo pueden realizar los hombres. “Bueno, mi mujer vino cuando yo me puse enfermo, pero ella sólo remasaba, porque para trabajar en esto hay que ser muy duro.”

Los obreros se lamentan de que el trabajo es muy “guarro”, y de que en la temporada están permanentemente sucios, por más que se laven. “A mí ha habido veces en que, a pesar de estar sediento, me ha dado vergüenza bajar a beber agua a una fuente, porque había personas merendando y yo estaba hecho una porquería.”

Los pueblos de la zona han comenzado a quedarse vacíos, y la gente joven aprovecha cualquier oportunidad para emigrar a la ciudad.

“Los muchachos trabajan aquí hasta que se van a la mili. Una vez que acaban el servicio militar, se buscan cualquier trabajo en la ciudad y se van del pueblo, porque aquí no se gana dinero.”

posibilidades de controlar el pesaje son casi nulas. “Las empresas se llevan los bidones en distintos camiones, y nosotros no podemos desplazarnos a Teruel o Albacete veinte veces, por ejemplo, para ver si realmente dan el peso exacto o ponen de menos.”

Los pesajes de las latas se llevan a cabo delante de un guarda de ICONA, que vigila el proceso. Sin embargo, los obreros no se fían del “juez”, y afirman que la única solución posible es que el pesaje se haga en los mismos pueblos.